

Grupos étnicos y territorios

en el Noroeste de Venezuela.
La relación entre los datos arqueológicos
y las fuentes históricas

Luis E. Molini

INTRODUCCIÓN

Por la influencia notable de la escuela arqueológica de la historia cultural, los estudios sistemáticos que se realizaron desde mediados de los años '50 hasta mediados de los años '70 del siglo pasado en el noroeste de Venezuela se orientaron, fundamentalmente, al establecimiento de secuencias locales y regionales (a excepción de algunos trabajos con un enfoque hacia la adaptación de las poblaciones humanas a determinados ecosistemas). Desde esta perspectiva, diversos autores han señalado los vínculos que existieron, durante la época prehispánica, entre algunas regiones del noroeste del país, situadas en los estados venezolanos Trujillo, Lara y Falcón y las vecinas Antillas Holandesas (Aruba, Curazao y Bonaire). Así lo evidencian las semejanzas entre los estilos cerámicos que cronológicamente se ubican alrededor del 1000 de nuestra era: Mirinday, Tierra de los Indios y Dabajuro. Luego de establecidos estos vínculos, según los primeros estudios sistemáticos realizados en el occidente del país (Osgood y Howard, 1943: 90, 126; Kidder II, 1944: 139-143, 145; Cruxent y Rouse, 1961: 280, 285), las más recientes ordenaciones estilísticas de la cerámica prehispánica del occidente venezolano, como son las propuestas por los arqueólogos Lilliam Arvelo y José Oliver, expresan estas semejanzas. La Tradición Mirinday incluye a los siguientes estilos: Mirinday, del área de Carache, estado Trujillo; Dabajuro, de la costa occidental del estado Falcón y Tierra de los Indios, del valle de Quíbor, estado Lara (Arvelo, 1987: 74-77). A

la Tradición Macroabajuroide, corresponden: la Tradición Dabajuroide, de la cual forma parte la Subtradición Dabajuran, a su vez integrada por los complejos Túcua, Urumaco y Los Medanos; y la Tradición Tierroide, de la cual forman parte la Subtradición Tierran, integrada por los complejos Tierra de los Indios y San Pablo y la Subtradición Mirindayan, integrada por los complejos Mirinday y Chipepe (Oliver, 1989: 418-431). En cuanto a esta última propuesta, vale destacar que Oliver ha planteado que la dispersión espacial de la Tradición Macroabajuroide corresponde con la expansión de grupos humanos de filiación lingüística Arawak desde el sur hacia el noroeste de Venezuela, vía los llanos occidentales. En tal sentido, las semejanzas alfareras entre las Subtradiciones Tierran y Dabajuran de la Tradición Dabajuroide responderían a su correspondencia con los grupos Caquetíos (de filiación lingüística Arawak) que se habrían diferenciado en los llanos occidentales entre el 100 y 500 después de Cristo (Oliver, 1989: 485).

Independientemente de las investigaciones arqueológicas, durante la década de los 40 del siglo pasado se hicieron propuestas sobre las formas de organización política que habrían tenido las sociedades prehispánicas del noroeste de Venezuela. A partir de datos históricos y etnográficos, Julian Steward (1948) y Gregorio Hernández de Alba (1948), fueron los primeros autores en plantear que los grupos prehispánicos tardíos del noroeste de Venezuela tenían una estructura social jerárquica. Según el primero de ellos, las tribus del noroeste de Venezuela tenían a la aldea como unidad política, cada una con su jefe, aunque existían formas de jefatura supraaldea: un jefe de guerra entre los Jiraharas y un jefe tribal entre los caquetíos. Entre estos últimos, el jefe estaba dotado de poderes supranaturales para el control de los fenómenos y el control del crecimiento de los plantíos, era llevado en una hamaca y recibía un tratamiento especial al morir, como era la cremación y el consumo ritual de sus cenizas. Bajo la autoridad del jefe se encontraba una escala de jerarquías como nobles, guerreros y hombres ricos. Se practicó la agricultura de regadío y habría existido una vida ceremonial compleja, con templos comunales o «adoratorios» donde oficiaban los shamanes (Steward 1948: 21-22). Hernández de Alba (1948: 472) señala que los jefes locales caquetíos o *diaos*, estaban bajo la autoridad de un jefe general, Manaure, señor de Paraguaná. Estos elementos le permitieron más tarde al propio Steward y a Louis Faron (Steward y Faron, 1959) definir el concepto de cacicazgo teocrático, que aplicaron a las sociedades prehispánicas del noroeste venezolano y a las de las Antillas Mayores.

Es con la publicación de la obra de Mario Sanoja e Iraida Vargas, *Antiguas Formaciones y Modos de Producción Venezolanos* (1974) cuando se expresa, en la literatura arqueológica venezolana, un interés por las formas de organización política en las sociedades antiguas. Como es suficientemente

conocido, ésta es una obra de síntesis y de reinterpretación de la arqueología venezolana, por lo que se basa en los datos disponibles para la época y que provengan de investigaciones hechas con propósitos diversos. De esta forma, Sanoja y Vargas proponen, siguiendo las ideas de Steward y Faron (1959), la existencia de un modo de producción teocrático, caracterizado políticamente por la existencia de una jerarquía de caciques-sacerdotes y desde el punto de vista económico por el desarrollo de formas intensivas de producción de alimentos. Según Sanoja y Vargas, este modo de producción se distingue por *«cambios cualitativos que surgen en la racionalidad de la tierra, el manejo de los recursos hidráulicos para mejorar la producción de los cultivos y el desarrollo de instituciones de control social y político que sobrepasaban el cuadro de las comunidades aldeanas»* (Sanoja y Vargas, 1974: 214). Bajo este modo de producción incluyen a las sociedades agricultoras andinas y las sociedades aborígenes del noroeste de Venezuela, aunque señalan que el antecedente de este modo de producción podría encontrarse en los primeros siglos de la era cristiana, en regiones como los llanos suroccidentales, a partir de la existencia de estructuras artificiales de tierra de tipo habitacional, calzadas, campos irrigados y evidencias botánicas del cultivo del maíz Pollo, datos que procedían de las investigaciones de Zucchi en los llanos venezolanos.

La década de los años 80 del siglo XX fue importante en los estudios sobre las formas de organización política prehispánicas en Venezuela y particularmente en el noroeste del país. Con la reactivación de las investigaciones arqueológicas en el estado Lara a comienzos de esta década, se retoman las prospecciones y excavaciones en el valle de Quíbor, especialmente en algunos cementerios, sitios de habitación y se hacen estudios sistemáticos de las colecciones de objetos de concha provenientes de anteriores excavaciones en los cementerios prehispánicos. Así, la idea inicial de Sanoja y Vargas acerca de antecedentes de los cacicazgos del noroeste de Venezuela se traduce en la propuesta de la existencia, alrededor de los primeros siglos de la era cristiana, de cacicazgos tempranos, atestiguados por la producción y circulación de objetos votivos y cacicazgos tardíos, cuya evidencia se basaba alrededor de la jerarquización de los espacios domésticos (Sanoja y Vargas 1987). Durante la misma época, se inician las investigaciones en la región de Los Arangues, donde confluyen las estribaciones norteñas de los Andes con la depresión central de Lara. En estas investigaciones se introducen algunos elementos relativos a la identificación arqueológica de los cacicazgos, como son la estratificación de sitios y la existencia de diferencias en la distribución de los bienes dentro de las áreas residenciales (Toledo y Molina 1987).

Estas formulaciones iniciales sobre la existencia de cacicazgos en el valle de Quíbor y en Los Arangues, en el estado Lara, fueron seguidas por los trabajos de Lilliam Arvelo en la primera de las áreas mencionadas. Aunque

inicialmente fue un proyecto de rescate arqueológico, Arvelo desarrolló un *survey* regional que le permitió afinar la secuencia cronológica local, a la vez que evaluar la existencia de sociedades complejas. A partir del estudio de la evolución de los patrones de asentamiento, el tamaño de la población y la capacidad de carga del valle de Quíbor, se pone en duda el surgimiento de formas de complejidad social durante los 2500 años de la secuencia de ocupación humana en la región (Arvelo 1995). Arvelo propone que el cultivo del maíz, si bien dio lugar a un crecimiento de la población durante la ocupación tardía del valle, sin embargo, no llevó a la aparición de cacicazgos. De acuerdo a su interpretación del registro arqueológico de algunos de los sitios monticulares tardíos, estos corresponden a lugares de explotación de sal de tierra, actividad que pudo haber originado algún tipo de especialización del trabajo.

A partir de la revisión de fuentes históricas del siglo XVI, José Oliver (1989) hizo una crítica a la caracterización de Steward y Faron y de Sanoja y Vargas sobre las formas de organización social y política en el noroeste de Venezuela. Oliver plantea la diferencia que existió entre la estructura política de los caquetíos de la costa de Falcón y la de los caquetíos de Barquisimeto y del Valle del Yaracuy. Los primeros, habrían tenido un liderazgo centralizado y jerarquizado, con un jefe supremo en el que confluían los poderes shamánicos y terrenales, poder que ejercía a través de un cuerpo de jefes de segundo orden o nivel de jerarquía. Estos jefes de segundo orden controlaban los segmentos de territorio que funcionaban como unidades políticas, pues las aldeas (en las que también existían jefes locales) no estaban nucleadas o concentradas y no poseían estructuras defensivas. Por su parte, los caquetíos de Barquisimeto y Yaracuy tenían un patrón de asentamiento basado en aldeas densamente pobladas, concentradas o nucleadas y con estructuras defensivas. A diferencia de la costa falconiana, el liderazgo se escindía entre un «jefe de paz» y un «jefe de guerra». El primero con una función de redistribución de bienes; el segundo, era parte de una institución militarista, con tendencia a la jerarquía y la organización en rangos. Sin embargo, esta jerarquización y centralización sólo ocurría en tiempos de guerra. Esta propuesta de Oliver forma parte de un trabajo mayor cuyo objetivo es el de establecer la dispersión de los grupos de lengua Arawak en el norte de Suramérica. Dentro de este propósito, Oliver realizó un *survey* arqueológico en la costa oeste de Falcón y la península de Paraguaná, a través del cual se obtuvo información que parece avalar las apreciaciones acerca del tipo de asentamiento y de ubicación de los poblados caquetíos mencionados en la fuentes históricas. Un trabajo similar de contrastación de los datos históricos y arqueológicos debería hacerse en el área de Barquisimeto. Es interesante destacar cómo la interpretación que hace Oliver, a partir de fuentes histó-

ricas, de las formas políticas de los caquetos costeros, no se corresponde con indicadores arqueológicos como los que ha señalado Wright (1984) para las formas que denomina «cacicazgos complejos», entre los que se encontraría la jerarquía de sitios como expresión material de las relaciones políticas jerarquizadas y centralizadas.

En este ámbito de los estudios y las interpretaciones arqueológicas acerca de las formas de organización política que habrían existido en tiempos prehispánicos en el noroeste venezolano, cabe plantear algunos problemas relativos a la contrastación de los datos arqueológicos con las fuentes históricas escritas. Los datos arqueológicos nos permiten elaborar hipótesis de largo alcance temporal, pero dentro de un enfoque regional de la investigación arqueológica su cobertura espacial podría resultar limitada, a los efectos de poder entender las dinámicas de interacción económica y política que trascienden los límites de una región como la que puede ser operativamente manejada dentro de un proyecto arqueológico. Por su parte, los datos históricos tienen un rango temporal más limitado, aun cuando parecieran ser útiles para elaborar hipótesis de cobertura espacial mucho más amplia. Estos contrastes los ejemplificaremos a través de las investigaciones en curso en la región Sicarigua-Los Arangues, estado Lara.

INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS EN LA REGIÓN SICARIGUA LOS ARANGUES

La primera noticia acerca de hallazgos arqueológicos en esta región fue hecha en 1935 y corresponde a la visita, por parte de excursionistas de la ciudad de Carora, a una caverna usada como lugar funerario, conocida como Cueva de El Carrizal, ubicada a 10 kilómetros aproximadamente al este de la hacienda Sicarigua, en la Sierra de Barbacoas (Marrufó, 1935). En esta noticia temprana se menciona la presencia de alfarería decorada con pintura, que se podría asociar con los estilos pintados tempranos del noroeste de Venezuela. Sin embargo, las primeras investigaciones arqueológicas sistemáticas realizadas en nuestra área de estudio corresponden a las del sitio Oroche (Molina, 1982; Molina y Monsalve, 1985), un lugar de habitación fechado entre el 780 y el 1000 después de Cristo. Este sitio se caracteriza por poseer áreas monticulares (formadas como producto de los desechos de las actividades domésticas) y por su posible asociación con construcciones artificiales para el almacenamiento de agua (conocidas localmente como tanques o *jagueyes*). La cerámica de Oroche presenta estrechas similitudes con la de la Fase Mirinday del área de Carache, en el estado Trujillo (Wagner, 1967: 65-66), especialmente en lo relativo a la decoración pintada. La subsistencia estuvo basada en la agricultura (atestiguada por un importante número de metates y manos de moler líticos) y por la cacería, la pesca y la recolección de moluscos

y crustáceos. Un variado repertorio faunístico está representado en este yacimiento, lo que indica la explotación de las regiones montañosas vecinas y posiblemente el aprovechamiento de la Ciénaga de Cabras, dada su condición de refugio estacional de fauna acuática y terrestre (Benet, 1929: 385).

Una segunda investigación en la depresión Sicarigua- Los Arangues fue la realizada en los sitios Santo Domingo y Hato Viejo, en las cabeceras del caserío Los Arangues. El yacimiento Santo Domingo, ubicado entre 1550 y 1730 después de Cristo, es un sitio con terrazas o plataformas habitacionales, en las cuales abundan artefactos tales como manos de moler y metates líticos, algunos de éstos últimos de grandes dimensiones. El yacimiento Hato Viejo también es un sitio de habitación, pero está ubicado en la parte llana de la depresión y no posee estructuras artificiales. Allí se excavaron enterramientos primarios, sepultados en tumbas con el fondo y los contornos reforzados con cantos rodados. En ambos yacimientos existen testimonios del aprovechamiento de una variada fauna (venados, conejos, cachicamos, iguanas, entre otros) y sus restos cerámicos revelan similitudes con los estilos policromos tardíos del noroeste de Venezuela, especialmente con el Estilo Bachaquero de la costa oriental del Lago de Maracaibo (Toledo, 1978: 18-32), el Estilo Tierra de los Indios, del valle de Quíbor (Cruxent y Rouse, 1961: 182-186; Arvelo, 1995: 77) y la Fase Mirinday del área de Carache, en el estado Trujillo (Wagner, 1967: 65-66). A partir de la información proveniente de estos sitios y del yacimiento Oroche, se postuló la posible existencia de una estratificación de aldeas en la región para el período comprendido entre el 1000 y el 1500 después de Cristo (Toledo y Molina, 1987: 197).

En 1998 iniciamos un nuevo plan de investigaciones en la región mencionada, ahora con el objetivo, a largo plazo, de dilucidar lo concerniente a las formas de organización social y política de las comunidades prehispánicas y al papel e importancia que tuvieron las prácticas agrícolas. Los resultados hasta ahora obtenidos en la primera etapa del proyecto de investigación arqueológica de la región Sicarigua-Los Arangues han permitido identificar: seis (6) sitios con estructuras artificiales de probable uso agrícola (terrazas); un (1) conjunto de montículos posiblemente utilizados para la agricultura; un (1) sitio funerario de cierta complejidad estructural (tumbas recubiertas con lajas seleccionadas y modificadas); catorce (14) sitios de habitación, de los cuales tres (3) están asociados a construcciones para el almacenamiento de agua (estanques) y uno (1) posee terrazas o plataformas de vivienda, similares a las reportadas en el sitio Santo Domingo del valle de Los Arangues (Toledo y Molina, 1987: 191-192).

De acuerdo con los datos disponibles, el poblamiento prehispánico de la región Sicarigua-Los Arangues habría comenzado al menos hacia el siglo II antes de Cristo. Estas primeras poblaciones parecen haber estado relacio-

nadas con las que se asentaron en el piedemonte nororiental de la cordillera de los Andes y en la depresión de Lara, agrupadas arqueológicamente en lo que inicialmente se denominó el Estilo Betijoque (Cruxent y Rouse, 1961: 169-172, 181-182) y luego la Fase Betijoque (Wagner, 1973: 16-17). Esta fase arqueológica ha sido fechada, en el piedemonte andino, alrededor del 350 de nuestra era, mediante dataciones radiocarbónicas (Wagner, 1973: 15). Por otra parte, las poblaciones iniciales de Sicarigua-Los Arangues también habrían tenido vínculos con los grupos prehispánicos de la península de la Guajira, en el extremo occidental de Venezuela, correspondientes a la fase Hokomo, que posee una datación radiocarbónica del año 10 antes de Cristo (Gallagher, 1976: 172). Según los fechados absolutos disponibles, la ocupación de Sicarigua-Los Arangues habría sido más temprana que aquellas del piedemonte andino y de la península de la Guajira, lo que coincidiría con la idea sugerida por Gallagher (1976: 202-208) acerca de la difusión de algunos conceptos estilísticos de la alfarería desde el occidente de Venezuela hacia el norte de Colombia.

Desde el siglo II y hasta el siglo X después de Cristo la región fue ocupada por grupos humanos cuyos objetos de cerámica y de concha de caracol se relacionan con los que caracterizan a la Fase Boulevard o Estilo San Pablo, en el valle de Quíbor. La alfarería posee escasa policromía y predomina la decoración plástica basada en el aplicado, el modelado y la incisión. Los artefactos de concha (collares, pendientes y pectorales) fueron fabricados utilizando caracoles marinos, especialmente el *Strombus gigas*, conocido comúnmente como *botuto*. Al igual que se ha señalado en el estudio de las colecciones de objetos de concha del valle de Quíbor y de Camay, estado Lara, realizado por Vargas *et alii* (1997), la presencia de esta industria en la región indica un intenso comercio con las regiones costeras para la obtención de una materia prima exótica. Los trabajos de excavación arqueológica y el análisis de los materiales recolectados nos indican que durante esta etapa de ocupación se destinaban sectores específicos de los sitios de habitación para ser usados como lugares funerarios. El tamaño de las aldeas parece ser un poco mayor que en la etapa anterior y las actividades relacionadas con la obtención de alimentos vegetales (recolección, siembra y procesamiento) podrían haber tenido una mayor importancia respecto a los primeros grupos humanos que habitaron la región, a juzgar por el aumento numérico de los artefactos líticos relacionados con dichas actividades.

La etapa final de la ocupación prehispánica de la región Sicarigua-Los Arangues, que comprende el período que va del siglo X al XV de nuestra era, está representada por grupos portadores de un ajuar cerámico policromo con diseños geométricos, alfarería que guarda relación con los estilos y fases arqueológicas tardíos de las regiones vecinas (Fase Mirinday, área de Carache,

estado Trujillo y la Tradición Macrodabajuroide, estado Falcón y costa oriental del Lago de Maracaibo, estado Zulia). Los sitios de habitación eran de mayor tamaño en relación con la etapa precedente, a la vez que se pueden diferenciar entre las aldeas que se ubicaron en la suela plana de la depresión y las que se encuentran en las faldas montañosas, para cuyo emplazamiento se construyeron aterrazamientos para las viviendas. Las tumbas parecen estar dentro de las áreas habitacionales y los enterramientos eran del tipo secundario, para lo cual se utilizaron urnas de cerámica en las que se colocaban los restos luego de la exhumación que formaba parte del segundo enterramiento. Algunos sitios de habitación están correlacionados espacialmente con los sistemas de terracería de posible uso agrícola, lo que indicaría un probable aumento de los cultivos. La mayor cantidad y variedad de los artefactos líticos asociados con el cultivo de plantas y el procesamiento de granos y frutos guardaría relación con esta hipotética intensificación de la agricultura. Esta última etapa de ocupación cierra la época prehispánica en la región, que comenzó a ser colonizada a mediados del siglo XVI.

LAS FUENTES HISTÓRICAS DEL SIGLO XVI

En 1528, una capitulación de Carlos I, Rey de España, concedió a la casa comercial y bancaria alemana de los Welser el privilegio de explorar, colonizar y explotar el territorio de la Provincia de Venezuela, que se extendía de oriente a occidente desde Maracapaná hasta el Cabo de La Vela. El segundo gobernador nombrado por los Welser en la Provincia de Venezuela fue Nicolaus de Federmann, quien entre 1530 y 1531 realizó la primera exploración de conquista al interior del territorio. El diario de viaje de este explorador y conquistador fue publicado originalmente en alemán en 1557, bajo el título de *Bella y agradable narración del primer viaje de Nicolás de Federmann el joven, de Ulm, a las Indias del Mar Océano y de todo lo que le sucedió en ese país hasta su vuelta a España, escrita brevemente y de divertida lectura*. Fue traducida al francés en 1837 y de la edición francesa la tradujo por primera vez al español el venezolano Pedro Manuel Arcaya, en 1916, con el título *Narración del primer viaje de Federman a Venezuela*. Posteriormente, Juan Friede la tradujo al español directamente de la versión original alemana, bajo el título de *Historia Indiana* (Lemmo, 1977: 66-67).

Más allá de la valoración que se ha hecho de una u otra de las traducciones al español del diario de Federmann, así como de la discusión acerca de la verdadera ruta seguida por el conquistador alemán (Vila, 1960), esta narración es considerada la fuente documental más antigua del occidente de Venezuela y ha sido usada por investigadores interesados en la etnografía (Jahn, 1927), la etnología antigua (Rivas, 1989), la historia colonial (Rojas, 1992) y la arqueología (Oliver, 1989; Arvelo, 1995). Una de las informaciones de

mayor interés que contiene esta crónica es la identificación de varias «naciones» indígenas asentadas en los territorios visitados por Federmann, desde Coro hasta los llanos occidentales. Estas naciones o pueblos indígenas poseían características que las diferenciaban étnica, lingüística y políticamente, diferencias que se expresaban en la ocupación de territorios claramente delimitados y en conflictos interétnicos entre naciones vecinas.

En lo que respecta a la región de interés para nuestra investigación arqueológica, la relación de Federmann es de utilidad relativa. La ruta de su viaje lo hizo visitar territorios situados al menos a cuarenta kilómetros al noreste de la depresión de Sicarigua-Los Arangues, si nos atenemos a la reconstrucción de la ruta que hiciera Arcaya (Federmann, 1916), o setenta kilómetros al noreste, según la estimación que hizo Vila (1960) de la trayectoria seguida por la exploración del alemán. En efecto, Federmann indica que el 25 de octubre de 1530 ya se ha adentrado en el territorio de la nación de los *Xaguas*, quienes contaban con «*principales o nobles*» y «*caciques o señores*» y estaban en conflicto con sus vecinos los *Cayones*, (que ocupaban territorios situados más al norte), mientras que comerciaban sal con sus vecinos al sur, los *Caquetíos* del valle de Barquisimeto (Federmann, 1988: 186, 187, 190). En la fecha antes señalada, Federmann se encontraba en la aldea de Coary, lugar que corresponde a la localidad de Saroche, según Arcaya (Federmann, 1916: 53), mientras que para Vila (1960: 136) coincide con el pueblo de Bobare, unos treinta kilómetros al este de aquella. No obstante estas observaciones, algunos investigadores han extendido el territorio de los *Xaguas* hasta la depresión de Carora (Arvelo, 1995: 187), ubicación que consideramos incorrecta.

Otro documento temprano de la conquista y colonización es la *Relación de las Tierras y Provincias de la Gobernación de Venezuela, año de 1546*, de Juan Pérez de Tolosa. Al igual que en la narración de Federmann, se señala que al sur de la nación de los *caquetíos* de la costa de Coro, se encuentra la nación de los *jiraharas* (*xiracorras* en el texto de la *Relación*). Más al sur, en el trayecto hacia Barquisimeto, están las «sabanas de Carora», que son «*de mucha caza de venados*» y que estaban despobladas para entonces debido, según Pérez de Tolosa «*por causa de los españoles que han ido y venido por las dichas sabanas*» (Pérez de Tolosa, 1964: 10). Por otra parte, este documento indica a que los *xaguas* no se asentaban en la depresión de Carora: «*Y junto a esta sabana, en unos montes, hay cierta cantidad de indios de nación axaguas. Es gente que come carne humana, y son tan belicosos, que por ninguna vía con ellos se ha podido hacer paz. Pelean con arcos y flechas y macanas. No tienen pueblos poblados*» (Pérez de Tolosa, 1964: 10).

La *Relación Geográfica y Descripción de la Ciudad de Trujillo, año de 1579*, permite apreciar que para esa fecha la región que estudiamos

arqueológicamente no era considerada como parte de la «provincia de los Cuycas», nación indígena que se ubicaba en la jurisdicción de la ciudad de Trujillo, en el extremo norte de la cordillera andina: «*los naturales que hay fuera de los términos de esta ciudad, como está dicho, son de las ciudades comarcanas a la redonda, que son: Mérida y El Tocuyo, el Portillo de Carora; y los caminos como arriba está dicho*» (Anónimo, 1964: 166-167). La ciudad del Portillo de Carora se situaba a unas quince leguas al noreste de la ciudad de Trujillo y el camino que las unía tenía «*unas ocho leguas... de tierra llana y sabanas*» (Anónimo, 1964: 165).

Luego de estos primeros documentos escritos sobre el occidente venezolano, contamos con la *Recopilación Historial* del franciscano Pedro de Aguado, escrita a finales del siglo XVI y publicada por vez primera en 1906 y que es considerada la primera historia del país (Lemmo, 1977: 55). Aguado refiere que en las serranías que separan al Lago de Maracaibo y la «provincia» de Carora se encuentran indios «*caribes o canibales*», llamados *jiraharas*, que eran gente «*belicosa y guerrera*» (Aguado, 1987: 200), mientras que en la provincia de Carora propiamente dicha habían «*naturales ricos y de buena y afable condición para con los nuestros*» (Aguado, 1987: 202). Al sur de Carora se extendía la «*provincia de Cuycas*», cuyos pobladores los describe el fraile en la forma siguiente: «...»*gente que anda desnuda, crecida y muy lucida y bien agestada. Es idólatra: tienen o usan de algunas figuras en que adoran, que llaman los españoles tunjos. Lo que estos indios ofrecen en sus santuarios es hilo y quitero y otras cuentas hechas de cierto género de cuentas de piedras algo verdes que son de la generación de otras piedras que en esta provincia y en la de Mérida, hay, provechosas para el dolor de la ijada. También ofrecen sal y algunas mantas pequeñas de poca estima que estos indios hacen. Sacrifican venados en los santuarios, y ponen también venados cuantas cabezas pueden haber de venados, en tanta cantidad que entrando en uno de estos santuarios y templos, casi no verán otra cosa sino cabezas y aspas de venados*» (Aguado, 1987: 337).

Fray Pedro de Aguado también destaca la diversidad ambiental de esta región: «*Es esta provincia de muy diferentes templos, porque participa de tierras frías y de tierras muy templadas y de tierras muy calientes, y así hay en ella de las frutas y comidas que en todas estas diversidades de tierras suelen haber. Es toda la mayor parte de esta provincia tierra rasa, doblada y aun a partes muy doblada quebrada. Lo que de ella es comarcana y más conjunto a la laguna de Maracaibo es montuoso y arcabucoso, y lo que cae asimismo sobre los llanos de Venezuela, porque entre estos dos mojones está situada esta provincia por las dos partes, y por las otras dos tiene a las provincias y términos de la ciudad de Mérida del Nuevo Reino, y a la ciudad del Tocuyo de la propia gobernación de Venezuela*» (Aguado, 1987: 338).

LAS NACIONES INDÍGENAS Y SUS TERRITORIOS

Los investigadores que se han dedicado al estudio de la etnología antigua del occidente de Venezuela se han preocupado por discernir la ubicación real de estas distintas naciones indígenas en los territorios que ocuparon, utilizando tanto la documentación del siglo XVI como la correspondiente a los siglos XVII y XVIII. En 1919 se publicó la primera edición de la *Historia del Estado Falcón*, de Pedro Manuel Arcaya, cuyo primer tomo estaba dedicado a la época colonial (Arcaya, 1953). Según este autor, los *jiraharas* ocupaban la sierra de Coro, las serranías que separan las sabanas de Carora del Lago de Maracaibo y la región que vincula a los Andes con la sierra de Coro (Arcaya, 1953: 28). Esta última región coincidiría con la depresión de Sicarigua-Los Arangues. Por su parte, Acosta Saignes (1961: 52) definió la existencia de un área cultural *Jirahara*, que incluía a los *ayamanes* y a los *gayones*, y un área cultural de los *arawacos occidentales*. La primera de estas áreas comprendería el sur del estado Falcón y el centro-norte del estado Lara, mientras que la segunda correspondería a los *caquetíos* de la península de Paraguaná, la costa del estado Falcón, la porción occidental del estado Lara y se extendería al sur hasta los llanos occidentales y al este hasta la depresión del río Yaracuy. De igual forma, en un trabajo más reciente, que se apoya tanto en testimonios documentales del siglo XVI como en otros más tardíos, se señala la existencia de comunidades *jiraharas* en la parte sur de la sierra de Coro, en algunos sectores del noroeste del estado Lara, al norte y noroeste del estado Trujillo y en la zona fronteriza que separa a los estados Zulia y Falcón (Rivas, 1989: 363-364). En lo que respecta específicamente al estado Lara, se indica que los *jiraharas* habrían ocupado dos regiones: por una parte, el sector montañoso que se encuentra entre los llanos o sabanas de Carora, la parte oriental del Lago de Maracaibo y el extremo suroeste de la sierra coriana o de San Luis; por otro lado, el norte del estado Trujillo, límite al sur con la región antes señalada (Rivas, 1989: 372).

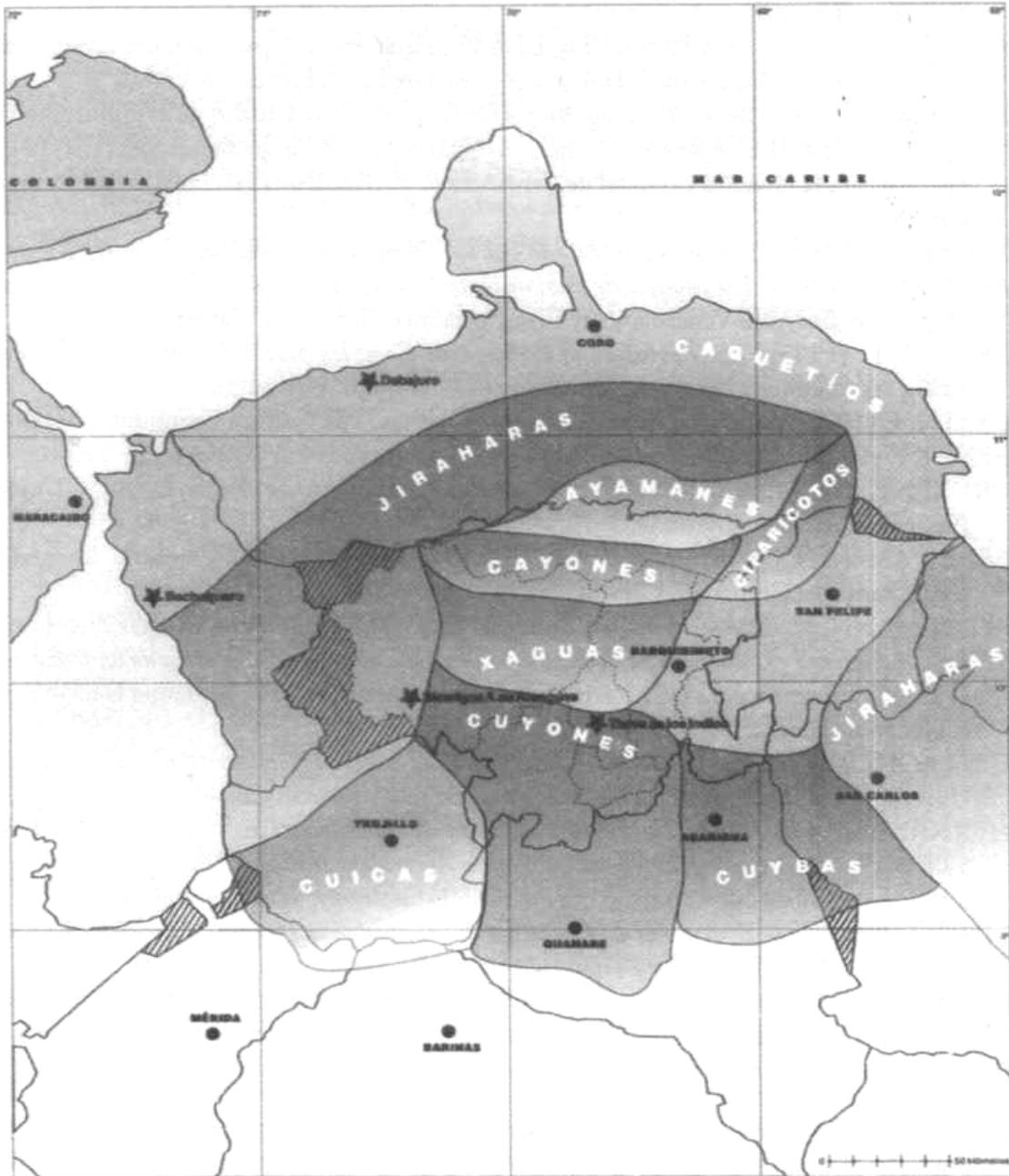
Los datos históricos parecen reflejar un panorama tanto diverso como conflictivo entre algunas de las «naciones» asentadas en el noroeste venezolano. Este cuadro de diversidad étnica contrasta con la todavía relativa homogeneidad que se desprende de las agrupaciones realizadas a partir de los datos arqueológicos. Como antes señalamos, Oliver (1989) propone que la dispersión espacial de la cerámica dabajuroide se relaciona con la expansión Arawak desde el sur hacia el noroeste de Venezuela a través de los llanos occidentales, donde se habrían diferenciado entre el 100 y 500 después de Cristo (Oliver, 1989: 485). La cuestión radica en que los ámbitos geográficos en los que se ha identificado la Tradición Macrodabajuroide y sus Subtradiciones Tierran y Dabajuran corresponden con los territorios que, según las fuentes históricas, habrían ocupado grupos de diversas filiaciones lingüísticas y étnicas.

En lo que concierne a la región Sicarigua-Los Arangues, durante la etapa temprana de la época colonial fue mencionada como parte de las tierras «comarcanas» de algunas de las «naciones» indígenas identificadas en el noroeste de Venezuela, como fueron los *Axaguas*, los *Jiraharas* y los *Cuycas*. Es decir, la región que investigamos es presentada como una suerte de interregno entre los territorios étnicos de los grupos mencionados. Esta condición, vista desde el registro arqueológico, pareciera coincidir con las relaciones estilísticas diversas que presenta la cerámica prehispánica, que la relacionan con algunos de los estilos policromos tardíos del noroeste de Venezuela: Bachaquero, en la costa oriental del Lago de Maracaibo; Tierra de los Indios, en el valle de Quíbor; Mirinday, en el valle de Carache, estado Trujillo (Toledo, 1978; Crucent y Rouse, 1961; Arvelo, 1995; Wagner, 1967: 65-66).

En un trabajo anterior (Molina, 2002) hemos planteado la necesidad de una investigación detallada de las fuentes documentales a propósito de la necesidad de demarcar en forma más confiable las áreas o territorios ocupados por los distintos grupos étnicos. En este sentido pensamos que es más importante establecer los «límites sociales» de los grupos étnicos, límites que podrían tener un correlato territorial, tal como lo ha planteado Fredrik Barth:

... el foco de la investigación es el límite étnico que define al grupo y no el contenido cultural que encierra. Por supuesto, los límites étnicos a los cuales debemos dedicar nuestra atención son límites sociales, aunque bien puedan contar con su concomitante territorial. El hecho de que un grupo conserve su identidad, aunque sus miembros interactúen con otros, nos ofrece normas para determinar la pertenencia al grupo y los medios empleados para indicar afiliación o exclusión. Los grupos étnicos no están basados simple o necesariamente en la ocupación de territorios exclusivos; necesitamos analizar los diferentes medios por los cuales logran conservarse, pues no es sólo mediante un reclutamiento definitivo, sino en virtud de una expresión y una ratificación continuas (Barth, 1976: 17).

Una perspectiva como ésta, conduce a la necesidad de determinar la interacción que tuvieron los caquetíos con los otros grupos étnicos, asumiendo la identificación que se ha hecho entre los primeros y los estilos cerámicos tardíos del noroeste venezolano. En tal sentido, además del estudio de las formas de organización política, se justifica que la investigación arqueológica se oriente al establecimiento de las relaciones entre la cultura material y la identidad étnica. En este marco, la clasificación y ordenación de artefactos como la cerámica cobra un nuevo sentido, pues además del uso que hasta ahora se le ha dado para delinear secuencias cronológicas o para determinar rangos sociales, se orientaría a la determinación de su relación con la etnicidad (Sackett, 1982: 75).



✦ SITIOS ARQUEOLÓGICOS DE LA TRADICIÓN MACRODABAJUROIDE

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA S., M. (1961): *Estudios de Etnología Antigua de Venezuela*. Universidad Central de Venezuela. Caracas.
- AGUADO, P. (1987): *Recopilación Historial de Venezuela*. Fuentes para Historia Colonial de Venezuela n. 62. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Caracas.
- ANÓNIMO (1964): «Relación Geográfica y Descripción de la Ciudad de Trujillo, Año de 1579». En A. ARELLANO M. (comp.), *Relaciones Geográficas de Venezuela*: (161-171). Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela n. 70. Academia Nacional de la Historia. Caracas.
- ARCAYA, P.M. (1953): *Historia del Estado Falcón*. Tipografía La Nación. Caracas.
- ARVELO, L. (1987): *Un Modelo de Poblamiento Prehispánico para la Cuenca del Lago de Maracaibo*. Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas. Caracas.
- ARVELO, L. (1995): *The Evolution of Prehispanic Complex Social Systems in the Quibor Valley, Northwestern Venezuela*. University of Pittsburgh. Pittsburgh.
- BARTH, F. (1976): *Los grupos étnicos y sus fronteras*. Fondo de Cultura Económica. México.
- BENET, F. (1929): *Guía General de Venezuela*. Imprenta de Oscar Brandstetter. Leipzig.
- CRUXENT, J.M. e I. ROUSE (1961): *Arqueología Cronológica de Venezuela*. Vol. I. Unión Panamericana. Washington D.C.
- FEDERMANN, N. (1916): *Narración del Primer Viaje de Federmann a Venezuela*. Litografía y Tipografía del Comercio. Caracas.
- FEDERMANN, N. (1988): «Historia Indiana». En J. GABALDÓN MÁRQUEZ (comp.), *Descubrimiento y Conquista de Venezuela. Tomo II. Cubagua y la Empresa de los Belzares*: (155-250). Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela n. 55. Academia Nacional de la Historia. Caracas.
- GALLAGHER, P. (1976): *La Pista: An Archaeological Series in Northwestern Venezuela*. Yale University Publications in Anthropology n.76. Yale University. New Haven.
- HERNÁNDEZ DE ALBA, G. (1948): «Tribes of Northwestern Venezuela». En J.H. STEWARD (editor), *Handbook of South American Indians*. Vol. 4: (469-475). Smithsonian Institution. Bureau of American Ethnology. Washington D.C.
- JAHN, A. (1927): *Los Aborígenes del Occidente de Venezuela. Su Historia, Etnografía y Afinidades Lingüísticas*. Litografía y Tipografía del Comercio. Caracas.
- KIDDER II, A. (1944): *Archaeology of Northwestern Venezuela*. Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology v. 26, n. 1. Harvard University. Cambridge.
- LEMMO, A. (1977): *Historiografía Colonial de Venezuela*. Universidad Central de Venezuela. Caracas.
- MARRUFO, R. S. (1935): «Excursiones del Centro 'Lisandro Alvarado'. La Gruta de 'El Carrizal', antigua habitación de indios». *El Universal*, XXVII (9575): 1.
- MOLINA, L.E. (1982): «El área arqueológica de Sicarigua, Venezuela». *Boletín de Antropología Americana*, 5: 139-149.
- MOLINA, L.E. (2002): «Arqueología de la región Sicarigua-Los Arangues, noroeste de Venezuela». *Anales del Museo de América*, 10:127-153.
- MOLINA, L.E. y M.M. MONSALVE (1985). *Sicarigua. Estudio preliminar del Modo de vida y las Formas Agrarias en un yacimiento arqueológico del Noroeste de Venezuela*. Serie Monografías y Ensayos n.1. Ediciones de la Sociedad Venezolana de Arqueólogos. Caracas.
- OLIVER, J. (1989): *The Archaeological, Linguistic and Ethnohistorical Evidence for the Expansion of Arawakan into Northwestern Venezuela and Northeastern Colombia*. University of Illinois. Urbana, Illinois.

- OSGOOD, C. Y G. HOWARD (1943): *An Archaeological Survey of Venezuela*. Yale University Publications in Anthropology n. 27. New Haven.
- PÉREZ DE TOLOSA, J. (1964): «Relación de las Tierras y Provincias de la Gobernación de Venezuela. Año de 1546». En A. ARELLANO M. (comp.), *Relaciones Geográficas de Venezuela* : (1-14). Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela n. 70. Academia Nacional de la Historia. Caracas.
- RIVAS, P. (1989): *Etnohistoria de los Grupos Indígenas del Sistema Montañoso del Noroccidente de Venezuela: Etnohistoria y Arqueología del sitio arqueológico Cueva Coy-Coy de Uria, Sierra de San Luis*. Universidad Central de Venezuela. Caracas.
- ROJAS, R. (1992): *El Regimen de la Encomienda en Barquisimeto Colonial. 1530-1810*. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela n. 215. Academia Nacional de la Historia. Caracas.
- SACKETT, J. (1982): «Approaches to style in lithic archaeology». *Journal of Anthropological Archaeology*, 1: 59-112.
- SANOJA, M. E I. VARGAS (1974): *Antiguas Formaciones y Modos de Producción Venezolanos*. MonteAvila Editores. Caracas.
- SANOJA, M. e I. VARGAS (1987): «La sociedad cacical del valle de Quibor (Estado Lara, Venezuela)». En R.D. DRENNAN y C.A. URIBE (eds.), *Chiefdoms in the Americas* : (201-211). University Press of America. Lanham, Maryland.
- STEWART, J. (1948): «The Circum-Caribbean Tribes: An Introduction». En J.H. STEWARD (editor), *Handbook of South American Indians*. Vol. 4: (1-42). Smithsonian Institution. Bureau of American Ethnology. Washington D.C.
- STEWART, J. Y L. FARON (1959): *Native Peoples of South America*. McGraw-Hill Book Company. Inc. New York.
- TOLEDO, M.I. (1978): *Formas y Decoración en un Yacimiento Arqueológico de la Cuenca del Lago de Maracaibo*. Universidad Central de Venezuela. Caracas.
- TOLEDO, M.I. y L.E. MOLINA (1987): «Elementos para la definición de los cacicazgos prehispanicos del noroeste de Venezuela». En R.D. DRENNAN y C.A. URIBE (eds.), *Chiefdoms in the Americas* : (187-200). University Press of America. Lanham, Maryland.
- VARGAS, I., M.I. TOLEDO, L. MOLINA Y C.E. MONTCOURT (1997): *Los Artífices de la Concha. Ensayo sobre Tecnología, Arte y otros aspectos socioculturales de los Antiguos Habitantes del Estado Lara*. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales UCV-Alcaldía del Municipio Jiménez-FUNDACULTURA-Museo Arqueológico de Quibor. Barquisimeto.
- VILA, M.A. (1960): «El primer viaje de Nicolás Federman visto por la Geografía». *Revista Nacional de Cultura*, 140-141: 128-146.
- WAGNER, E. (1967): *The Prehistory and Ethnohistory of the Carache Area in Western Venezuela*. Yale University Publications in Anthropology n. 71. Yale University. New Haven.
- WAGNER, E. (1973): «Chronology and Cultural Relationships of the Betijoque Phase in Western Venezuela». *Relaciones Antropológicas*, 1(1): 13-17.
- WRIGHT, H. (1984): «Prestate Political Formations». *On the Evolution of Complex Societies: Essays in Honor of Henry Hoijer*. Timothy Earle (editor): (41-77). Malibu: Undena Publications.